

Cata y el Dragón del Alba



Alma Meilė Risler Karavaitis
Ricardo Lucas Risler

Cata y el Dragón del Alba

Un cuento mágico sobre la Fuerza Sanadora del Amor

Alma Meilè Risler Karavaitis

Ricardo Lucas Risler

Dedicado a todos los niños de las estrellas que llevamos dentro, para que crezca la llama del Amor en sus corazones y se esparza en todos los seres del mundo.

Índice

Dedicatoria	3
Capítulo 1: El huevo en el bosque encantado	7
Capítulo 2: La escuela secreta del Valle del Alba	11
Capítulo 3: El despertar del fuego interior	15
Capítulo 4: Los portales olvidados y el llamado del espejo	19
Capítulo 5: Hogwarts y el idioma de los recuerdos	23
Capítulo 6: La Hermandad del Corazón Luminoso	27
Capítulo 7: El conjuro de la sanación	31
Capítulo 8: El encuentro con Harry, Hermione y Ron	35
Capítulo 9: La escuela del corazón y la danza del dragón	41
Sobre esta obra	47



Capítulo 1

El huevo en el bosque encantado

Había una vez, al borde de un bosque donde los árboles cantaban con el viento y las luciérnagas danzaban en círculos al anochecer, una niña llamada Cata. Tenía nueve años, el cabello castaño y un corazón tan grande que parecía caberle el cielo entero. Vivía con su abuela en una cabaña rodeada de jazmines, en un rincón del mundo que muy pocos conocían, donde la magia aún susurraba entre las hojas.

Cata tenía una costumbre: cada tarde salía a caminar sola por el bosque. Le gustaba hablar con los árboles, coleccionar piedras que parecían tener historias guardadas, y buscar figuras en las nubes. Su abuela le decía que esos paseos eran los viajes de su alma, y Cata creía que, en el bosque, su corazón podía respirar.

Una tarde de otoño, mientras recogía ramitas para hacer una corona de hojas secas, escuchó un sonido suave. No era el crujir de las ramas ni el canto de un ave. Era algo distinto... como un susurro muy pequeño.

—Piiiip... piiiip...

Cata frunció el ceño y siguió el sonido, apartando ramas con cuidado. Caminó hasta llegar a un claro iluminado por la luz dorada del sol poniente. Allí, entre el musgo y los tréboles, había algo que nunca había visto antes: un **huevo brillante**, de un azul profundo con motas plateadas que parecían estrellas.

El huevo temblaba suavemente, como si respirara.

—Hola... —susurró Cata, arrodillándose junto a él—. ¿Estás perdido?

Miró a su alrededor. No había nidos, ni señales de pájaros, ni ruidos extraños. Sólo el silencio del bosque, atento.

Cata lo tocó con delicadeza. Estaba tibio, como si guardara un pequeño sol en su interior. Sin dudarlo, se quitó la bufanda y lo envolvió con

ella. Luego, lo llevó con mucho cuidado a casa.

—Abu, encontré algo... mágico —dijo al llegar, con los ojos encendidos.

La abuela lo miró en silencio, sonriendo como si ya lo hubiera sabido.

—Algunas cosas nos encuentran a nosotros, Cata. Cuidalo bien.

Esa noche, colocaron el huevo sobre una manta cerca del fuego. Cata lo observó mientras cenaba. No podía apartar la vista. Sentía que ese pequeño ser, aún sin nacer, ya estaba unido a ella.

A medianoche, mientras la lluvia golpeaba suavemente el techo de la cabaña, se escuchó un *crack*. Cata se despertó de golpe, corrió al fuego y lo vio: el huevo se había partido y, entre trocitos de cáscara brillante, emergía una criatura diminuta, temblorosa y hermosa.

Tenía escamas suaves que brillaban como turquesa mojada, ojos dorados, una cola larguísima y unas alitas que apenas se movían. Al verla, soltó un chillido agudo... y luego se acurrucó en el regazo de la niña.

—Sos... un dragón... —susurró Cata, maravillada.

El dragón suspiró, y de su nariz salió una pequeña nubecita rosa.

—Te voy a cuidar siempre. Te llamaré **Brisna**. Como la brisa suave que despierta las flores.

La abuela la observaba desde la puerta, envuelta en una manta, con lágrimas en los ojos.

—Es un dragón del Alba... —dijo, emocionada—. Hace siglos que no nacía uno. Son rarísimos, y poderosos. Pero sobre todo... traen amor al mundo.

Desde ese día, Cata y Brisna fueron inseparables. Jugaban en el bosque, leían cuentos junto al fuego, dormían abrazados en la misma cama. Brisna crecía rápido, pero no en tamaño, sino en presencia. Donde pasaba, las plantas florecían fuera de estación, los animales se

calmaban, y la tristeza se disolvía como niebla al sol.

Un mes después, cuando el cielo amanecía teñido de malva, llegó una carta. No fue entregada por el cartero. Simplemente apareció sobre la mesa de la cocina, escrita con tinta dorada en un papel que olía a estrellas.

*"Estimada Catalina,
Hemos sentido el nacimiento de Brisna. Él es especial.
Tú también.
Están invitados a la Escuela de Dragones del Valle del Alba.
La magia los espera."*

Cata la leyó tres veces.

—¿Abu... puedo ir?

La abuela la miró, le acarició el cabello y asintió.

—Claro que sí. Este es tu camino.

Empacaron una pequeña mochila con pan de miel, una manta, un cuaderno en blanco, y la bufanda que había envuelto el huevo. Al amanecer, Brisna desplegó sus alas, que ahora eran fuertes y suaves como plumas de nube.

—¿Estás lista? —parecía decirle con los ojos.

Cata subió a su lomo, aferrándose con ternura.

—Sí. Vamos a donde nos espera la magia.

Y así, mientras el sol comenzaba a acariciar la cima de los árboles, una niña y su dragón se elevaron hacia el cielo, dejando atrás la cabaña de los jazmines... y volando directo hacia el corazón de la aventura.



Capítulo 2

La escuela secreta del Valle del Alba

El amanecer de aquel día fue distinto. El cielo no tenía prisa por volverse azul, y los primeros rayos del sol parecían esperar a que Cata y Brisna estuvieran listos para su vuelo.

La mochila estaba liviana, pero cargada de cosas importantes: una manta tejida por la abuela, un cuaderno nuevo sin una sola palabra escrita, pan de miel envuelto en papel encerado, una piedrita en forma de corazón que Cata había encontrado años atrás... y la bufanda azul que había sido cuna de un huevo mágico.

Brisna extendió sus alas. Ya no era un dragón diminuto, aunque seguía cabiendo entre los brazos de Cata cuando quería. Sus alas eran suaves como la seda del viento, y cada vez que volaba, dejaba un rastro tenue de luz dorada en el aire.

—¿Estás lista? —pareció preguntarle con una mirada chispeante.

—Más que nunca —respondió Cata, montando sobre su lomo.

Cuando se elevaron por los aires, Cata sintió cómo su corazón se expandía. Volaban sobre campos verdes, montañas que se desperezaban bajo la niebla y ríos que serpenteaban como si los guiara una melodía secreta. Ningún mapa podía mostrar ese camino, porque no era uno trazado sobre la tierra... era un camino tejido con magia.

Volaron durante horas, sin cansancio ni miedo. Hasta que apareció ante ellos una nube espesa con forma de espiral. Brisna no dudó. Se lanzó al centro y atravesaron la niebla con una ráfaga de calor suave.

Del otro lado, el mundo cambió.

Frente a ellos se alzaba la **Escuela de Dragones del Valle del Alba**, construida entre montañas flotantes, lagos de colores y puentes

colgantes de luz. No era un castillo, ni un internado. Era un lugar vivo. Los árboles susurraban secretos, los cristales flotaban, y los caminos cambiaban de forma según quién los recorría.

Los recibió una mujer de cabello blanco como la luna y ojos violeta. Vestía túnicas que flotaban alrededor de su cuerpo como si bailaran.

—Bienvenida, Catalina. Bienvenido, Brisna. Soy Eliria, guardiana de esta escuela y de sus secretos.

Cata no dijo nada. Sólo miraba con los ojos muy abiertos, tratando de guardar cada detalle en su memoria.

—Aquí no se viene a aprender como en los libros comunes. Aquí se recuerda lo que ya vive dentro de uno —dijo Eliria—. Y tú, niña del Alba, tienes mucho por recordar.

Esa misma tarde, Cata conoció a los otros niños y niñas del lugar. Cada uno tenía su dragón: algunos grandes como caballos, otros tan pequeños como una taza. Había dragones dorados, plateados, esmeralda, incluso uno que cambiaba de color con el estado de ánimo de su amiga.

Se presentó una niña de piel morena, trenzas largas y sonrisa tímida:

—Soy Lilo. Mi dragona se llama Nuna. Puede cantar bajo el agua.

Luego vino un chico pecoso, con voz traviesa y una cicatriz en la mejilla:

—Tomás. El mío es Torvik. Se hace invisible cuando tiene miedo.

Pronto, Cata y Brisna se sintieron parte del lugar. Las clases no eran en aulas, sino en jardines flotantes, cuevas con ecos de sabiduría, o sobre los lomos de dragones que enseñaban a volar en formación. Aprendieron a cuidar el fuego interior, a escuchar los sueños de su dragón, y a encontrar la calma en medio del caos.

Una tarde, mientras practicaban vuelo entre las nubes de las emociones, Brisna se detuvo en seco. Se quedó flotando en el aire, con las alas extendidas y los ojos brillando con intensidad.

—¿Qué pasa, Brisna?

El dragón descendió suavemente a un claro donde crecía un solo árbol. Un árbol que brillaba con luz propia.

Cata lo tocó, y en cuanto lo hizo, una ola de calor le atravesó el pecho. No era fuego... era **amor**. Un amor tan puro, tan antiguo, que las lágrimas le brotaron sin razón.

Y entonces lo entendió.

—Brisna... tú no eres un dragón cualquiera. Eres un dragón del corazón.

Esa noche, en la Torre de Cristal donde dormían los estudiantes, Cata soñó con una figura envuelta en luz. Una voz le susurró:

"Tu fuego no es para destruir. Es para encender lo dormido.

Tú eres una maga.

Y tu poder... es amar sin miedo."

Al despertar, una nueva luz ardía en su interior. No era una luz que se viera, pero todos la sentían. Y cada vez que ella y Brisna caminaban por los pasillos de la escuela, flores brotaban en los rincones más olvidados.

La magia apenas comenzaba.



Capítulo 3

El despertar del fuego interior

Los días en la Escuela del Valle del Alba pasaban como hojas llevadas por un río de maravillas. Cada jornada tenía algo nuevo: una clase de vuelo entre tormentas emocionales, una meditación al ritmo del canto de dragones, un paseo por los jardines de las preguntas sin respuesta. Pero Cata sabía que algo más profundo la esperaba.

Brisna estaba cambiando. Ya no solo brillaba cuando sentía alegría: ahora parecía captar las emociones de los demás, como si su corazón se expandiera para abrazar lo que dolía en otros. Una tarde, mientras practicaban sobre los acantilados del eco, una compañera de clase, una niña llamada Uma, se sentó sola, mirando el abismo con los ojos nublados.

Brisna se acercó, sin decir nada. Apoyó su cabeza en la pierna de Uma, y de su hocico salió un soplo cálido, rosa y dorado, que envolvió a la niña. Ella no lloró. Solo respiró hondo y dijo, con voz baja:

—Gracias. No sabía cuánto necesitaba eso.

Cata lo vio todo en silencio. Cuando regresaron a su habitación, escribió en su cuaderno:

"Brisna tiene fuego en el pecho, pero no para quemar. Su fuego es un abrazo que derrite el miedo."

Al día siguiente, Cata fue citada a la Torre del Espejo Hondo, donde las maestras del Alba hacían los reconocimientos profundos. Allí, la esperaba Eliria.

—Has despertado algo ancestral, Catalina. Algo que pocos magos conocen: la alquimia del amor.

—¿Eso también es magia?

—Es la primera de todas las magias. La más olvidada.

La llevó ante un espejo circular que no reflejaba el cuerpo, sino el alma. Cata se vio a sí misma como una niña con alas de luz, rodeada de símbolos que giraban en silencio. Uno brillaba especialmente fuerte: un corazón envuelto en fuego.

—Eres una maga nacida del lazo. Tu vínculo con Brisna no es casualidad. Él eligió nacer para ayudarte a recordar lo que eres.

Desde entonces, las clases de Cata cambiaron. Aprendió a sentir las emociones en la tierra, a leer los latidos del viento, a abrir portales entre memorias. Su varita no era un palo de madera ni una rama mágica: era su corazón.

Una noche, soñó con una biblioteca sin fin, donde los libros susurraban en vez de escribirse. Allí conoció a una anciana que parecía hecha de polvo de luna.

—Estás lista para lo siguiente —le dijo—. La magia que manejas no tiene fronteras. Vas a tener que cruzarlas.

—¿Qué fronteras?

—Las que separan tu mundo... del otro.

Al despertar, lo sintió. Como un llamado. Una melodía lejana que venía desde más allá de las montañas. Brisna también lo había oído. Estaba inquieto, con las alas vibrando.

Esa misma tarde, mientras paseaban por el Bosque de los Recuerdos, encontraron una grieta en el aire. No era un corte físico. Era un espacio donde el cielo se ondulaba como si respirara. De pronto, un cuervo azul descendió y dejó caer una pluma envuelta en fuego.

Cata la recogió. En ella había grabadas unas palabras:

*"La puerta está abierta.
El espejo te espera.
Trae tu fuego."*

Regresó corriendo con Brisna a la escuela y mostró la pluma a Eliria.

La guardiana sonrió con seriedad.

—Es hora de que cruces el velo. El otro mundo te llama.

—¿Qué otro mundo?

—Uno donde hace años, una historia distinta cambió el curso de la magia.

Hogwarts.

Cata no necesitó más respuestas. Preparó su mochila en silencio. Brisna la observaba con ternura y orgullo.

—Vamos, compañero. El fuego del corazón tiene un nuevo destino.

Y así, una noche sin luna, volaron juntos hacia el horizonte, siguiendo la estrella que latía más fuerte. Sin saberlo aún, se dirigían hacia un encuentro que cambiaría no solo su historia, sino también la de aquellos que alguna vez creyeron que la magia era sólo cuestión de hechizos.



Capítulo 4

Los portales olvidados y el llamado del espejo

El viaje fue distinto a todos los anteriores. Esta vez, el cielo no era azul ni estrellado. Era como un lienzo de neblina entre mundos, donde las coordenadas se guiaban por el corazón. Brisna volaba sin dudar, como si conociera el camino desde antes de nacer.

Pasaron por mares de nubes oscuras, por islas flotantes donde dormían dragones centenarios, y por senderos hechos de rayos de luna. No había día ni noche, solo un tiempo suspendido, como el silencio que precede a una revelación.

Finalmente, tras atravesar una espiral de fuego suave, llegaron a un claro entre árboles altos, de ramas retorcidas y hojas plateadas. Allí, en medio del bosque, se alzaba un arco de piedra cubierto de runas. Parecía antiguo, pero no olvidado. Al acercarse, las runas comenzaron a brillar con una luz dorada.

Brisna bajó el vuelo y se posó frente al portal. Cata descendió y tocó una de las piedras. Una voz profunda, como un suspiro de siglos, habló en su mente:

"Solo quien ama sin miedo puede cruzar.

Solo quien lleva la llama verdadera puede despertar lo dormido."

Cata cerró los ojos. Sintió el calor de Brisna a su lado, el latido del mundo entre sus manos. Y dio el paso.

Del otro lado, el bosque era distinto. Más denso, más terrenal... pero también lleno de una magia antigua. Reconoció el lugar por los cuentos y las películas que había visto en casa de su abuela: estaban en los terrenos de **Hogwarts**.

El castillo se alzaba a lo lejos, entre torres y techos puntiagudos, con luces que parpadeaban como estrellas terrenales. El lago reflejaba la luna, aunque Cata sabía que era de día. Todo en ese mundo parecía

recordar lo que había sido.

Caminó con cautela por el bosque, Brisna oculto entre los árboles. Fue entonces cuando apareció una figura: una niña de su edad, con el cabello rizado, gafas redondas y una varita sujeta a la cintura.

—Sabía que vendrías —dijo con una sonrisa—. Mi nombre es **Lily**, y te he visto en sueños desde que nací.

Cata se quedó en silencio, sorprendida.

—¿Sabías... quién soy?

—No con palabras. Pero sí con el corazón. Tú traes algo que falta en este mundo.

Lily era descendiente de **Luna Lovegood**, la bruja soñadora que creía en lo invisible. Había heredado su sensibilidad y su capacidad de ver más allá del velo de lo evidente.

—Te llevaré a un lugar secreto —le dijo Lily—. Donde Hogwarts guarda sus recuerdos más antiguos.

Juntas caminaron entre árboles encantados, cruzaron un puente de ramas vivas y llegaron a una cabaña cubierta de musgo. Dentro, todo estaba cubierto de polvo, pero en el centro había un espejo cubierto por una tela negra.

—Este es el Espejo de los Vínculos. Solo se activa con magia nacida del amor —explicó Lily.

Cata se acercó. Quitó la tela. El espejo no mostró su reflejo. Mostró escenas de su vida con Brisna: el huevo azul, el primer vuelo, el abrazo de fuego rosa, las flores que brotaban tras sus pasos.

Y luego, algo más.

Mostró imágenes de un niño de gafas redondas y una cicatriz en forma de rayo. Mostró a una joven de cabello enmarañado leyendo junto al fuego. Mostró a un pelirrojo riendo en un comedor encantado. **Harry, Hermione, Ron...** y algo más: una grieta en el cielo del castillo. Un eco

de oscuridad.

—¿Qué es eso? —preguntó Cata, tocando el espejo.

—Es lo que quedó sin sanar —dijo Lily en voz baja—. El amor los salvó... pero la herida quedó abierta. Necesitan tu fuego.

El espejo brilló intensamente y luego se apagó. En su superficie apareció una sola palabra: “**adelante**”.

Cata entendió que no había tiempo que perder.

Lily la llevó por pasajes secretos hasta una sala antigua, donde un círculo de piedra esperaba. Era uno de los **Portales Olvidados**, creados hace siglos para conectar escuelas mágicas en tiempos de necesidad.

Brisna entró en la sala. Su luz se intensificó, y las piedras comenzaron a vibrar.

—¿Estás segura? —preguntó Lily.

—No vine hasta aquí para dudar —respondió Cata, con el corazón firme—. Vamos a curar lo que quedó sin luz.

Y mientras el portal se abría entre chispas doradas, Cata y Brisna dieron el primer paso hacia el castillo más famoso del mundo, sin saber que estaban a punto de reencontrar no solo la historia... sino también a sus protagonistas.



Capítulo 5

Hogwarts y el idioma de los recuerdos

Atravesar el portal fue como cruzar una frontera entre sueños y memoria. Cata y Brisna llegaron al borde del Lago Negro en un atardecer de cielo plateado. El castillo de Hogwarts se alzaba frente a ellos como una silueta majestuosa, con sus torres elevadas y sus ventanas encendidas como ojos antiguos.

Cata sintió un cosquilleo en la espalda. Era como si el lugar la estuviera observando, reconociéndola.

Brisna caminaba a su lado, su luz tenue pero constante. Ninguno de los dos dijo nada. No hacía falta. Sabían que ese instante estaba escrito en algún rincón del destino.

Fueron guiados en secreto por Lily hasta un pasadizo oculto detrás de un tapiz que mostraba a una mujer bailando con unicornios. Bajaron escaleras que se movían solas, cruzaron corredores que susurraban nombres olvidados, y llegaron a una habitación circular donde los profesores más sabios esperaban.

Entre ellos estaba el director actual de Hogwarts, **el Profesor Merrin**, un mago de mirada clara y voz pausada que irradiaba paz.

—Bienvenida, Catalina. Hemos seguido tu llegada desde las estrellas.

—¿Ustedes sabían que yo vendría?

—No con certeza, pero sí con esperanza. Desde hace años sentimos que algo faltaba aquí... algo que ni todos nuestros hechizos han podido restaurar.

Cata miró alrededor. Había otros profesores, estudiantes mayores, y en el centro, una esfera flotando sobre una mesa de piedra. Era de cristal, pero en su interior giraban pequeñas luces, como estrellas atrapadas en una danza sin fin.

—Este es el Recuerdo Vivo —explicó Merrin—. Contiene emociones

atrapadas del pasado. Momentos de dolor que no lograron transformarse. Desde la última batalla, Hogwarts guarda una herida silenciosa.

Cata se acercó. Brisna a su lado brillaba con una llama rosada cada vez más intensa.

—¿Puedo intentarlo?

—Solo si estás dispuesta a escuchar el idioma del dolor.

Cata asintió.

Puso su mano sobre la esfera. Y de inmediato, lo sintió.

Vio imágenes: gritos, fuego, pérdida... pero también amor, sacrificio y valentía. Vio a Harry frente a Voldemort. Vio a Hermione abrazando a Ron entre lágrimas. Vio a todos los que se quedaron y a los que partieron.

Cata no lloró. No huyó. Abrió el corazón. De su pecho, como un manantial, emergió una luz suave. Brisna la amplificó. Juntos, tocaron el Recuerdo Vivo con su llama compartida.

Y algo extraordinario ocurrió.

La esfera se deshizo lentamente en miles de partículas luminosas que flotaron por la sala como luciérnagas. Donde tocaban, algo se transformaba: las grietas desaparecían, los muros respiraban más livianos, los retratos sonreían después de años de silencio.

—Lo están haciendo —dijo un profesor emocionado—. Están sanando el castillo.

Desde ese momento, Hogwarts los abrazó como parte de su historia. Cata fue invitada a quedarse por un tiempo. Se le asignó una habitación especial en la Torre Norte, decorada con estrellas en el techo y una cama redonda donde Brisna dormía hecho un ovillo. Se integró a algunas clases, como Encantamientos, Pociones de Empatía y Lenguaje del Silencio.

Fue en esas clases donde Cata conoció a otros estudiantes sensibles, como Jules, que hablaba con las plantas; Anya, que veía la música de los demás; y León, que escribía cartas a su yo del futuro. Con ellos, formaron un pequeño grupo de afinidad: **El Círculo del Eco**, dedicado a explorar las memorias del castillo.

Una noche, mientras recorrían un pasadizo secreto, encontraron un espejo cubierto de polvo. No era el Espejo de Oesed, pero se parecía. Al limpiarlo, descubrieron que no mostraba deseos... mostraba **momentos de ternura olvidados**.

Cata vio a la profesora McGonagall dejando dulces en los bolsillos de sus alumnos. Vio a Hagrid llorando de emoción al leer una carta. Vio a Neville bailando solo en la torre. Hogwarts estaba lleno de recuerdos pequeños que nadie había recordado, pero que aún vivían entre las paredes.

Brisna parecía más brillante que nunca. En los jardines, los animales lo seguían. Las hadas de las fuentes lo saludaban. Incluso los retratos bajaban la voz al verlo pasar.

—Él está reescribiendo el alma del lugar —dijo Merrin—. Y tú con él.

Un atardecer, Cata y Brisna subieron al punto más alto del castillo. Desde allí, veían todo: el lago, el Bosque Prohibido, el campo de Quidditch... y algo más.

Una grieta en el cielo.

Muy pequeña, casi invisible, pero latía como una herida abierta.

—¿Eso también hay que sanarlo? —preguntó Cata.

—Sí —respondió Brisna, con una mirada más profunda de lo habitual.

Cata comprendió que su viaje en Hogwarts aún no había terminado.

Lo mejor... estaba por comenzar.



Capítulo 6

La Hermandad del Corazón Luminoso

El descubrimiento de la grieta en el cielo fue como un susurro que no podía ignorarse. Aunque era apenas visible, Cata la sentía como una vibración suave, como el eco de una canción que nadie se atrevía a tararear. No era peligrosa aún, pero sí inestable, como una emoción encerrada demasiado tiempo.

Esa noche, en la Sala de los Relojes Rotos —un rincón olvidado de Hogwarts donde los relojes detenidos aún latían en silencio—, Cata reunió a sus amigos más cercanos: Lily, Jules, Anya, León, y un joven mago de Slytherin llamado Soren, que había aprendido a traducir los sueños en palabras.

—No podemos dejar que esa grieta crezca —dijo Cata, mientras el fuego chispeaba en la chimenea—. No es sólo una fractura en el cielo... es una herida en la historia.

—¿Y qué propones? —preguntó Soren, cruzado de brazos.

—Que formemos un círculo. Un vínculo de magia viva. Como un conjuro tejido desde adentro.

—¿Como un grupo secreto? —dijo Jules, entusiasmado.

—No secreto... luminoso —respondió Cata—. Se llamará **La Hermandad del Corazón Luminoso**.

Así nació la Hermandad. No tenía uniformes ni reglas estrictas. Tenía una sola misión: encontrar las memorias perdidas de Hogwarts y devolverles su luz. Para eso, necesitaban explorar los lugares más antiguos, los más olvidados, donde la magia dormida aún respiraba.

Sus reuniones eran en sitios cambiantes: la Torre de los Suspiros, el Bosque de los Sombrales, el invernadero de las plantas sensibles. Cada encuentro comenzaba con una pregunta:

"¿Qué parte del castillo necesita recordar hoy?"

Brisna los acompañaba siempre. Su fuego había crecido. Ya no era sólo una llama cálida, sino un pulso que resonaba en los objetos antiguos. Cuando tocaba una piedra o una puerta, si había un recuerdo encerrado, lo despertaba en forma de luz.

En una galería subterránea, encontraron retratos en blanco. Brisna exhaló una nube rosada... y los rostros reaparecieron. Eran antiguos alumnos que habían sido olvidados por el tiempo. Algunos rieron. Otros lloraron de emoción. Uno cantó.

En una sala cerrada por siglos, encontraron una biblioteca sin títulos. Los libros estaban mudos, sin letras. Pero cuando Cata pasó sus manos sobre ellos y Brisna los tocó con su fuego, las historias regresaron: diarios de estudiantes, cartas de amor, poemas dedicados a dragones.

Una noche, el grupo se reunió bajo la luna llena en el Bosque Prohibido. Allí, entre raíces gigantes y ramas como brazos, encontraron a criaturas errantes: hadas sin nombre, centauros silenciosos, y dragones pequeños que no sabían de dónde venían.

Brisna caminó entre ellos. Uno por uno, los tocó con su fuego. Y uno por uno, comenzaron a recordar.

—Ese dragón... es como un corazón caminando —susurró Anya—. Da amor sin pedir nada.

Las semanas pasaban y la Hermandad crecía. No en número, sino en profundidad. Cada descubrimiento restauraba una parte de Hogwarts que había quedado dormida. Los pasillos se volvían más cálidos. Las escaleras ya no se movían con nerviosismo. Los retratos comenzaban a cantar entre ellos.

Un día, Lily trajo un hallazgo: una piedra grabada con símbolos de todas las casas, rodeando un corazón. Era un fragmento del **Primer Pacto**, un conjuro creado por los fundadores de Hogwarts para proteger la armonía entre diferencias.

—Esto estaba enterrado bajo el Ala Este —explicó—. Creo que el conjuro original nunca se terminó.

—¿Podemos completarlo? —preguntó León.

—No solos —dijo Cata—. Pero sí... si usamos magia del corazón.

Así nació la misión más importante de la Hermandad: **completar el Pacto**. Para eso, necesitaban reunir símbolos de cada casa, no objetos físicos, sino emociones verdaderas.

Jules ofreció un recuerdo de lealtad de Hufflepuff: cuando compartió su escudo con un amigo sin capa.

Anya ofreció un momento de sabiduría de Ravenclaw: cuando escuchó el silencio en lugar de hablar.

Soren compartió su coraje de Slytherin: cuando enfrentó su propia sombra en un espejo encantado.

Lily ofreció un gesto de valentía de Gryffindor: cuando salvó a un unicornio herido del bosque, sola, sin decirlo a nadie.

Cata, por último, ofreció lo más puro que tenía: **una carta escrita a su abuela, que jamás había enviado**, donde le decía que su mayor magia era el amor que había recibido en su cabaña con olor a jazmines.

Brisna envolvió todos esos recuerdos con su fuego y los depositó en el centro de la piedra del Pacto.

Una luz dorada envolvió el bosque. No fue explosiva, ni deslumbrante. Fue suave. Como el respiro del mundo al sentirse completo.

Y en el cielo, la grieta brilló... y comenzó a cerrarse lentamente.

Desde aquel día, la Hermandad del Corazón Luminoso fue reconocida como parte de la historia viva del castillo. Sin pancartas, sin fama. Pero con una huella que no podía borrarse.

El fuego de Brisna ardía más brillante que nunca. Y Cata sabía que el final de su viaje se acercaba.

Pero antes... aún quedaba un conjuro por realizar. El conjuro que solo puede hacerse una vez en la vida. Y solo si el amor es verdadero.



Capítulo 7

El conjuro de la sanación

La grieta en el cielo ya no era una herida abierta. Ahora era una cicatriz dorada, como una línea que recordaba algo que dolió... pero que fue amado de nuevo. Aun así, Hogwarts parecía contener el aliento, como si supiera que lo más importante aún no había sido dicho.

Una mañana clara, el director Merrin convocó a Cata y a la Hermandad en el gran comedor. Las mesas habían sido corridas. En el centro, brillaba un círculo tallado en piedra con símbolos antiguos y palabras que vibraban, aunque nadie las hubiese pronunciado en siglos.

—Este es el **Círculo del Verbo Original** —explicó Merrin—. Fue creado por los fundadores de Hogwarts, pero jamás activado. Requiere un conjuro que no está en los libros, ni en las varitas... sino en los vínculos más profundos.

Cata miró a Brisna, que flotaba sobre el suelo con las alas extendidas. Su fuego era ahora una aurora constante. No quemaba. Iluminaba con ternura.

—¿Y cómo sabremos qué conjuro usar? —preguntó Soren.

—Lo reconocerán en su corazón cuando sea el momento —respondió el director—. Y vendrá no de uno... sino de todos.

Durante los días que siguieron, la Hermandad del Corazón Luminoso se dedicó a preparar el ritual más importante. No sabían las palabras, ni los gestos exactos, pero sabían lo esencial: debía ser un acto colectivo, una danza de memorias, una canción tejida con lo que habían vivido juntos.

Cada uno eligió qué ofrecería.

Lily compuso una melodía con notas que sólo podían escucharse si se sentía gratitud.

León escribió un poema que hablaba de perdonar a lo que uno fue.

Anya trajo una flor que solo florecía cuando alguien era abrazado con sinceridad.

Jules tejió una capa con hilos de risa.

Soren forjó una piedra líquida con lágrimas que no fueron de tristeza, sino de ternura.

Y Cata... Cata tomó su cuaderno, lo abrió en la primera página, y escribió con su propia sangre una única palabra: **Brisna**.

—Él es mi conjuro —dijo—. Todo lo que soy, lo soy con él.

La noche del ritual, el gran comedor estaba lleno de estudiantes, profesores, retratos que se habían despertado de su letargo, y criaturas mágicas que habían regresado para ser parte. El aire vibraba con una paz silenciosa, como si todos hubieran dejado sus varitas a un lado y solo escucharan el corazón.

Cata y Brisna caminaron al centro del círculo. Los demás los rodearon en silencio. La melodía de Lily comenzó a sonar, sin instrumentos, como si emergiera desde el suelo. Uno a uno, los miembros de la Hermandad fueron depositando sus ofrendas en el centro del círculo.

Brisna abrió sus alas. Y Cata alzó la voz.

—No venimos a borrar el dolor. Venimos a recordarlo con amor.

No venimos a fingir que no hubo heridas. Venimos a decir que fueron parte del camino.

No venimos a conjurar una magia nueva. Venimos a despertar la que siempre estuvo.

Cerró los ojos, y entonces ocurrió.

Desde el centro del círculo, una espiral de luz se elevó. Primero suave, luego intensa. No era mágica como los hechizos de los libros. Era una luz que abrazaba. Que contenía. Que decía: “Ya está. Te veo. Te escucho. Te amo igual.”

Los techos de Hogwarts brillaron como nunca. Las paredes susurraron nombres antiguos. Las escaleras se quedaron quietas por un momento,

como para honrar lo sagrado. Los fantasmas lloraron lágrimas doradas.

Y en el cielo, la grieta desapareció.

No con explosión ni dramatismo. Se cerró como una sonrisa que regresa al rostro de alguien que vuelve a confiar.

El Círculo del Verbo Original había sido activado.

Por amor.

Esa noche, no hubo discursos. No hubo fuegos artificiales. Solo abrazos largos. Silencios compartidos. Risas tranquilas.

Cata y Brisna caminaron por el lago. Él volaba despacio a su lado, envuelto en una luz suave.

—¿Lo hicimos, Brisna?

Brisna respondió posando su cabeza en el hombro de Cata. Y en el cielo, aparecieron luciérnagas danzantes formando una palabra: **sí**.

En la Torre Norte, Cata escribió su último pensamiento del día:

*"No todas las heridas son para curar.
Algunas son para recordar de otra manera.
Y esa... es la sanación verdadera."*

Dormía con la certeza de que el ciclo había cerrado.

Pero el corazón ya soñaba... con el encuentro que vendría. Porque cuando un alma ha dado todo de sí, el universo le trae el regalo más tierno de todos: el encuentro con aquellos que una vez encendieron la chispa de la esperanza.



Capítulo 8

El encuentro con Harry, Hermione y Ron

El día amaneció con una brisa dorada que atravesaba las ventanas de Hogwarts como si trajera secretos susurrados desde el tiempo. Había una sensación en el aire, una promesa no dicha. Cata lo sintió al despertar: algo importante estaba por suceder.

Brisna también lo percibía. Volaba bajo por los pasillos con sus alas extendidas, casi sin tocar el suelo, como si estuviera trazando un mapa invisible hacia un destino esperado.

Esa mañana, mientras Cata paseaba por los jardines interiores, una lechuza blanca descendió suavemente con una carta atada a la pata. El sobre no tenía nombre ni dirección. Solo una palabra escrita a mano con tinta sepia: **“Gracias”**.

Dentro, había una invitación escrita en un pergamino gastado por el tiempo:

*"Querida Cata,
Lo que hiciste no pasó desapercibido.
El castillo ha hablado, y nosotros lo hemos escuchado.
Nos gustaría conocerte.
Nos vemos en la Sala de los Recuerdos Vivos, al atardecer.
—H.P."*

Cata se quedó quieta por un momento. El corazón le latía con la misma intensidad que cuando encontró el huevo de Brisna por primera vez.

—Vamos, compañero —susurró—. Es hora.

La **Sala de los Recuerdos Vivos** no era parte de las clases comunes. Era

una estancia profunda, escondida más allá de la biblioteca, a la que solo se accedía cuando el castillo lo permitía. Tenía paredes cubiertas de espejos, pero no mostraban reflejos. Mostraban memorias flotando, como escenas contenidas en burbujas suspendidas.

Cata entró en silencio. Brisna se acurrucó a su lado.

Frente a ella, tres figuras esperaban.

Harry Potter, con sus gafas redondas, su cicatriz desvanecida, y una mirada que aún conservaba la mezcla de tristeza y coraje de su juventud.

Hermione Granger, elegante y firme, con libros en las manos pero con una ternura en los ojos que lo decía todo.

Ron Weasley, alto, con arrugas suaves de risa en el rostro y una calidez que envolvía el aire a su alrededor.

Cata no supo qué decir. Pero no hizo falta.

Harry se acercó y le ofreció la mano.

—Hola, Cata. Te estábamos esperando desde hace tiempo.

—¿Cómo lo supieron?

Hermione respondió:

—Porque el castillo canta de nuevo. Y cuando canta, es porque alguien lo ha sanado.

Ron se agachó junto a Brisna, que lo olfateó con curiosidad y le dejó una gota de fuego rosa sobre la palma.

—No quema —dijo Ron, asombrado—. Calma... es como un abrazo.

—Eso es Brisna —dijo Cata—. Es fuego de amor.

Se sentaron los cinco en círculos flotantes que el castillo dispuso sin que nadie los pidiera. Cata escuchó en silencio mientras los tres contaban historias de sus años en Hogwarts: las noches de peligro, los momentos de risa, las decisiones difíciles. Pero también hablaron de las cosas

pequeñas: la primera vez que Harry vio nevar en el castillo, cómo Ron se dormía en clase de Historia de la Magia, y cómo Hermione escondía chocolates para repartirlos a los que estaban tristes en la biblioteca.

—No imaginábamos que alguien como tú vendría después —dijo Hermione—. Pero lo necesitábamos.

—No sólo nosotros —añadió Harry—. El mundo necesita recordarse a sí mismo con ternura. Y eso es lo que hiciste.

Cata bajó la vista, emocionada.

—Yo solo... seguí lo que sentía correcto.

—Eso es lo que siempre hicimos nosotros —dijo Ron, sonriendo—. Aunque a veces no parecía lo más sensato.

Brisna se estiró y rodeó el grupo con sus alas. Era un gesto de cierre, de unión.

Entonces Hermione sacó una caja pequeña. Dentro había una pluma de fénix, una rama de árbol lunar, y un frasquito con polvo de estrella.

—Es para ti —dijo—. Con esto puedes construir tu propia varita, si así lo deseas. Aunque... tal vez no la necesites.

—Tu magia no sale de tu mano —añadió Harry—. Sale de tu corazón.

Cata los abrazó uno por uno. No como se abraza a héroes, sino como se abraza a los que han vivido y han amado mucho. Como se abraza a los que también han llorado.

Antes de irse, Ron le guiñó un ojo.

—¿Sabés? Si alguna vez querés abrir tu propia escuela... tengo un par de bromas que podrías enseñar.

Todos rieron.

Y en la Sala de los Recuerdos Vivos, el castillo grabó una nueva escena: una niña maga, un dragón de amor, y tres corazones que se encontraron más allá del tiempo.

Esa noche, en su cuarto, Cata escribió:

"Hoy los conocí. No eran como en los libros. Eran más reales, más humanos, más hermosos.

Y me dijeron que el mundo necesita más corazones encendidos.

Yo ya tengo uno. Se llama Brisna.

Y juntos... vamos a encender muchos más."

En el cielo de Hogwarts, las estrellas parecieron brillar con un poco más de fuerza.

Como si también dijeran:

Gracias.

Antes de dormir, Cata caminó con Brisna por los pasillos del castillo una última vez. No porque se fueran, sino porque sentían que ese momento marcaba un cierre.

Cada piedra bajo sus pies parecía saludarla. Las armaduras se inclinaban al paso. Los cuadros les guiñaban un ojo. Era como si el alma de Hogwarts, esa que había permanecido adormecida tantos años, finalmente respirara en paz.

—¿Crees que nos necesitan todavía? —preguntó Cata en voz baja.

Brisna no respondió con palabras. Se posó en su hombro y dejó caer una chispa de su fuego sobre el suelo. De ella brotó una flor. Solo una. Pequeña, delicada... pero viva.

Cata sonrió.

—Entonces aún hay magia por sembrar.

Se acostó esa noche con el corazón lleno. No de gloria, ni de grandeza, sino de certeza. Esa certeza cálida que nace cuando uno encuentra su

lugar en el mundo, y lo habita con amor.

Al cerrar los ojos, sintió una melodía suave en el aire. Era el castillo... cantando.



Capítulo 9

La escuela del corazón y la danza del dragón

Pasaron los días, las estaciones y los ciclos del cielo. Cata no volvió a ser la misma desde su paso por Hogwarts, ni Hogwarts volvió a ser el mismo desde que Cata y Brisna lo abrazaron con su fuego.

Pero la historia no terminó allí.

Una mañana, mientras el sol se reflejaba en las alas de Brisna como si fueran espejos del amanecer, Cata recibió una nueva carta. Esta vez, no llegó con una lechuza, ni apareció mágicamente en la almohada. La traía el viento. Enrollada como un susurro que se despliega, flotó suavemente hasta sus manos.

*"Querida Cata,
Ha llegado el momento.
Lo que sembraste debe florecer en nuevos corazones.
El Valle del Alba te espera.
Y más allá... también otros mundos necesitan tu fuego.
Es hora de crear tu propia escuela.
Con amor eterno,
Eliria."*

Cata sintió cómo algo en su pecho se abría. No era nostalgia. Era llamado.

—¿Lo sientes también? —le preguntó a Brisna.

Brisna asintió, envolviéndola con su cola en un gesto que era abrazo, promesa y destino al mismo tiempo.

Regresaron una última vez al **Valle del Alba**, donde todo había comenzado. La escuela flotaba entre montañas como una flor suspendida en el cielo. Allí, los maestros los recibieron con sonrisas, no de despedida... sino de celebración.

Eliria la tomó de la mano.

—Cata, tú ya no eres solo una maga del Alba. Eres un faro para los que aún no descubren que pueden amar así.

—¿Y qué hago con eso?

—Lo compartes. Lo enseñas. Lo haces danza, palabra, vuelo... Y lo conviertes en **hogar** para otros.

Fue así como nació la **Escuela del Corazón**, un lugar entre dimensiones, entre tiempos, donde los niños y niñas que sentían distinto, que soñaban con fuegos que no quemaban, llegaban guiados por un deseo que no sabían explicar.

La escuela no tenía muros. Tenía jardines que se extendían según el estado de ánimo de sus estudiantes. No tenía campanas. Tenía árboles que cantaban para anunciar el cambio de hora. No tenía castigos. Tenía espacios para el silencio y la transformación.

Y Cata... Cata era su directora, su guía, su compañera. Nunca usó un gran sombrero, ni una capa con estrellas. Iba descalza, con flores en el cabello y un cuaderno en la mano. Y Brisna siempre a su lado, más grande, más sabio, más luminoso.

Los nuevos estudiantes aprendían a conjurar emociones, a danzar con el viento, a sanar heridas con cuentos. Había una clase llamada “Cómo abrazar con la mirada” y otra que se llamaba “Pociones para el alma cansada”. Había dragones de todas las edades y colores, y también niños que aún no sabían que tenían magia... hasta que, al tocar a Brisna, algo dentro de ellos despertaba.

Una tarde, mientras observaba a los más pequeños jugar con sus dragones en el campo de sueños, Cata sintió una presencia.

Se volvió.

Allí estaban. **Harry, Hermione y Ron.**

Mayores, sí, pero con los ojos igual de llenos de asombro.

—Vinimos a ver si los cuentos eran ciertos —dijo Ron, sonriente.

—Y descubrimos que se quedaron cortos —agregó Hermione.

Harry miró a los niños con ternura.

—Hiciste lo que ninguno de nosotros imaginó.

Creaste una escuela donde el amor es el primer hechizo.

—Y el último también —dijo Cata, abrazándolos.

Les mostró el lugar. Compartieron infusiones de estrellas, dulces de calma y cuentos de los nuevos alumnos que ya estaban sanando mundos, aunque aún no lo sabían. Se quedaron hasta el atardecer, y cuando se fueron, prometieron regresar.

Esa noche hubo una celebración.

Los dragones danzaron en el cielo formando espirales de luz. Los estudiantes soltaron globos de fuego con deseos escritos en runas del corazón. Cata y Brisna volaron juntos sobre la escuela, dejando tras de sí un rastro de pétalos brillantes.

Desde arriba, lo vio con claridad: la escuela no era un lugar. Era un **pulso**. Una **frecuencia** de amor que se extendía en ondas suaves hacia todo el universo.

Y entonces, sin pensarlo, abrió los brazos sobre el lomo de Brisna, y gritó con toda el alma:

—¡Gracias! ¡Gracias por todo!

El cielo respondió con una lluvia suave de luz. Como una caricia del universo.

Y así, Cata siguió viviendo.

Viajó a otros mundos.

Enseñó a corazones que no sabían cómo volver a confiar.

Abrazó sombras con ternura.

Creó canciones que sanaban.

Y en cada lugar al que llegaba, decían:

*"Por aquí pasó una niña con un dragón.
Y desde entonces, el aire huele distinto.
Y el mundo... sueña mejor."*

FIN.

Pero el fuego del corazón... sigue encendido.

Sobre esta obra

"Cata y el Dragón del Alba" es mucho más que un cuento fantástico. Es una invitación a redescubrir la magia que vive en el corazón humano y su poder transformador.

A través de la historia de Cata y Brisna, los autores nos llevan en un viaje donde el amor se convierte en la fuerza sanadora más poderosa del universo. Esta obra conecta mundos, une generaciones y nos recuerda que la verdadera magia reside en nuestra capacidad de amar sin miedo.

"Una obra extraordinaria que combina la fantasía clásica con una profundidad emocional poco común en la literatura infantil. Los autores han creado un universo donde el amor no es solo un sentimiento, sino una fuerza activa de transformación y sanación."

"El personaje de Brisna, el dragón del Alba, representa una nueva visión de estos seres míticos: no como criaturas de fuego destructor, sino como portadores de luz sanadora. La narrativa fluye con una cadencia poética que envuelve al lector desde la primera página."

"Esta historia trasciende las barreras de edad, ofreciendo capas de significado que pueden ser apreciadas tanto por niños como por adultos. Es una obra que invita a la relectura y al descubrimiento de nuevos matices en cada encuentro."

Alma Meilé Risler Karavaitis y Ricardo Lucas Risler han creado una obra que permanecerá en el corazón de sus lectores mucho tiempo después de cerrar la última página.